



LA SEMANA CÓMICA.

DIRECTORES

LITERARIO.	ARTISTICO.
J. F. de la Reguera.	Ramon Escaler.

NUESTROS COMPOSITORES



TOMÁS BRETÓN

ADVERTENCIA

Compuesto ya, y compaginado, el número que, como anunciamos la semana pasada, había organizado esta Dirección, dando á todos los colaboradores como tema forzado el título: «¡Aque-lla niña!», hemos recibido telegramas de Cilla, *Mecachis* y *Melitón González*, anunciándonos el envío de sus dibujos, que—ignoramos por qué causa—vienen con retraso.

Esta circunstancia y el deseo natural de no publicar el número incompleto, á la vez que el temor de vernos obligados á retrasar la salida del periódico, nos han movido á aplazar para la semana que viene la publicación del número citado.

Perdonen ustedes esta informalidad, hija de nuestro deseo de servirles bien... y manden us-tes lo que gusten á su agradecidísima, atenta y humilde s. s. q. s. m. b.

LA SEMANA CÓMICA.

ESCENAS DE LA CALLE

EL PRIMER AMOR

Ella es una vieja desdentada y él un viejo que tampoco tiene dientes. Se han visto muchas veces en la Pagaduría de las Clases Pasivas sin conocerse.

Y sin embargo, ella y él se han conocido mucho, pero mucho. ¿Cómo no se conocen?

Porque el tiempo ha obrado en ellos tan profunda transformación, que era imposible que se conocieran. Al cabo de cuarenta y cinco años han vuelto á encontrarse.

El día 24 del último Diciembre iba don Marcelino de la Espinilla á cobrar su paguita de jubilado de Hacienda, 37 duros y 50 céntimos, cuando cerca de la Pagaduría llegó á él una señora pensionista, y llamándole con afectuosa voz, le dijo:

—Caballero, caballero, ¿sabe usted si llegan hoy en el pago á mi letra?..

—Señora, según qué letra sea la de usted.

—La M... Yo toda soy M... Mire usted, mi padre magistrado de Manila; mi último marido músico de la murga, Dios le haya perdonado; nací en Madrid; me casé en martes en Manila, en Málaga y en Madrid: enviudé la última vez en miércoles, y me llamo Manuela Marronazo.

—Y yo—exclamó el jubilado—me llamo Marcelino...

—¿Mendoza?...—preguntó súbitamente la pensionista.—¡Jesús, María y José!... ¿Usted es Marcelino?...

—¿Y usted Manuela?..

—¡Jesús! ¡Jesús! ¡Tantas veces como le he visto en la Pagaduría!

—Yo decía siempre: «¡Qué buen aire tiene esta señora!»

—¡Pero, Marcelino!...

—¡Pero, Manuel!...

—¡Dios mío! ¡Qué recuerdos!..

—¡Qué memorias!...

—¡Aquel día que mi padre te encontró detrás de la puerta!...

—Y me arrimó un palo.

—Aquella noche que nos fuimos con tu doncella al baile de máscaras en el teatro Real.

—¡Aquella indigestión de langostinos que tuve tan horribles!

—¡Y se perdió la doncella... Y tuvimos que perder el tiempo buscándola... Cuando volvimos á casa ya era de día. Nuestra suerte fué que mi padre no se había despertado. ¡Qué día pasé! Mi padre empeñado en que yo tenía mala cara y ojeras... Quiso llamar al médico, y me amenazó con que donde te encontrara te rompería la cabeza de un garrotazo... Yo me eché á sus piés, él me encerró en un cuarto oscuro, y de aquel encierro salí al día siguiente para entrar en el convento...

—Y yo desesperado, llamando á la muerte, pensando pegar fuego al convento donde estabas recluida por la barbarie paterna...

—Mi padre me sacó del convento para llevarme á Manila.

—¡Bárbaro padre!... En Manila me olvidaste.

—¡No!

—Te casaste con un comerciante alemán.

—Mi padre me obligó. ¡Ayl! Aquel alemán era un hombrón atroz... No podía olvidarte. Recordaba tu buen cuerpo, tus ojos picarillos, tu gracia para decirme cosas bonitas...

—¿El no era airoso?...

—No: un tonel.

—Me alegro. ¿Ni tenía buenos ojos?...

—Unos ojos saltones como huevos... que cuando se acercaba á mí me daba un miedo...

—¿Y no tenía gracia?

—Como un marmolillo. Diez años estuve casada con aquel hombre, y volví á Madrid viuda, con papá, que ya estaba jubilado. Lo primero que hice, fué averiguar qué había sido de tí... ¡Estabas casado!

—¡Es verdad! Por venganza, por despecho.

—De lejos te vi un día; yo iba en coche, porque entonces tenía coche; ibas con tu mujer, una bajilla, gorda, ramplona.

—No era mi mujer; era mi suegra... Es una historia horrible; mi suegra era rival de su hija; se había enamorado de mí, y me escribía cartas, me daba citas, me regalaba cigarros. Era estanquera. Yo oía á otros maridos quejarse de que sus suegras les hacían pasar las de Caín, y los envidiaba, porque una suegra que es una furia puede tolerarse, pero una suegra que ama á su yerno como aquella me amaba, es un peso superior á las fuerzas de un hombre regular.

—¿Y qué pasó?

—Mi mujer murió... y yo me escapé de Madrid, huyendo de mi suegra. Fui trasladado á Soria.

—Si yo lo hubiera sabido, habría ido á buscarte, nos hubiéramos perdonado, y nos hubiéramos casado. Así habría acallado los remordimientos que he sentido siempre desde aquella noche del baile de máscaras. ¿Quién había de adivinar que estabas en Soria?... ¡En Soria mi primer amor! ¡Y yo sin saberlo!

—Sí, en Soria, solo, rodeado de nieve, tirando; me moría de fastidio, y volví á casarme con una huérfana... una zagala tierna y sensible, una inocente paloma, que no había visto mundo, y era lo más cándida que puedes imaginar. La traje á Madrid un mes que tuve licencia, y ¡horrorízate! el día que terminaba la licencia, cuando volví á la casa de huéspedes para hacer el cofre y volvernos á Soria, me encontré una cartita de mi mujer, en que me decía que no podía sufrirme más, y se marchaba con un huésped italiano, que era *partiquino* en el teatro, y me escribiría desde América. Veinte años viví sin saber si era casado ó viudo, y un día me avisaron del Ministerio de Estado que mi mujer había muerto en Bogotá, dejándome heredero de sus bienes, consistentes en dos pares de pendientes, algunas ropas en mal uso y mil duros de deudas.

—Yo también volví á casarme. ¿Qué había de hacer? Nada sabía de tí... Estaba sola, joven todavía, rica, solicitada, festejada, perseguida... Me casé con un joven muy guapo... ¡ay! ¡muy guapo!... ¡más guapo que tú! pero que me gastó el dinero todo que me había dejado el alemán filipino. Eso sí, nos dimos la gran vida: reuniones, recepciones, viajes por España y el extranjero, baños de mar... Luego estrecheces, apuros, trampas, y por fin, mi marido segundo, como tu

segunda mujer, se marchó á América, huyendo de los ingleses. Y yo he pasado lo que no puede decirse. He tenido casa de huéspedes... ¡Un trajín horroroso!... Porque yo me he conservado de buen ver mucho tiempo, pero mucho tiempo... Siempre pensaba: «¡Si encontrara á aquel bribón de Marcelino!...» Un día, después de veinte años, supe por los periódicos que mi marido había muerto en Montevideo, sin testar. Me afligió mucho, porque tenía la esperanza de que allí hubiese hecho dinero... Entonces vivía yo en la calle de la Comadre y tenía un huésped, músico, muy buen músico, y él me consoló, y... vamos, también me llevó á las máscaras, ¡cuánto me acordé de ti aquella noche!... y nos casamos; él también era hombre de edad... Un hombre de bien; lo que se llama un hombre de bien; pero ¡ay! hijo, un músico gana tan poco, y mi marido fué cada día ganando menos, hasta que al fin vino á dar en músico de la murga... Dos años hace le perdí, dando una serenata á don Matías López, el del chocolate; cogió un aire... ¡qué aire fué que se le llevó al otro mundo! Entonces un alma piadosa me hizo las diligencias, y pude sacar la pensión de huérfana de magistrado, y aquí me tienes... ¡Qué mundo, Marcelino! Eso sí, yo me he divertido mucho; pero mira en lo que he venido á parar...

—Pues mira yo, que me he divertido menos.

—Eso no, bribón, ¡pues bonito eras tú! Más pillo...

—¿Y ahora vives sola?

—En compañía de un matrimonio joven... que una ve cosas... Esto de ser vieja es mucha desgracia.

—Dímelo á mí.

—Y tú, ¿cómo vives?...

—Hija, yo me he casado...

—¿Otra vez?...

—Sí, con la criada. Hija, no paraba ninguna en casa; una me sisaba, otra me armaba un escándalo por una niñería; otra me llevaba á casa el chulo, otra me pegó... Para evitar todo esto, me casé con la que me pareció menos cerril... Ve á casa algún día y la verás...

—¿Yo?... ¿Yo á tu casa estando casado?... No, hijo.

—Pues yo iré á la tuya.

—¿Y qué pensarán los que viven conmigo?...

—Entonces, nos veremos aquí, en la Pagaduría.

—Sí: nos veremos una vez al mes.

—Y tomaremos un café en Pombo. ¿Quieres?

—Vamos; eso no tiene nada de malo.

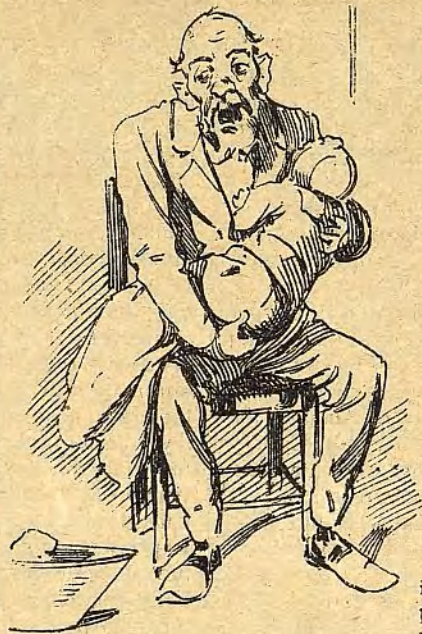
—¿Tomas rapé? ¿Quieres un polvo?...

—¡Ay, hijo! No quiero que se me pongan las narices como una trompa. ¡Ay, Marcelino! ¡Qué lástima que estés tan viejo! Cuando joven eras un chico que la volvías á una loca.

—Y tú eras una chica que dabas la hora.

—¡Qué baile aquél!... ¡Y no haberme casado contigo!...

LA SEMANA COMICA
MONÓLOGOS, por Cilla.



Pues si es cierto aquello de «¡ay, infeliz del que nace hermoso!», ¡qué porvenir tan horrible el que me espera!

¡La una de la noche, y aquella no vuelve y este no calla! ¡Si yo tuviera algo que meterle a este en la boca para que callase!

¡Sí, como se pierde una joya se perdiera un anillo y uno se lo encontrase... ¡qué horrible para una conciencia honrada!



¡Yo soy el ave tierna y enamorada, el rayo de luna, gentil cascada...



¡Que mi drama resulta aburrido! El que inventó la pólvora... el que inventó la pólvora. Mentira, que no lo oyeron, que a la ra... ¡Pues calle usted, que el que inventó la policía... segunda escena vi yo que todos estaban dormidos.

LA SEMANA COMICA
CAMBIOS DE CLASE, por Melitón González.



Tiene cinco pesetas y decide probar fortuna.



Juega y gana. Se siente burgués.



Juega y queda sin un cuarto. Se siente socialista.



Juega y queda entrampado. Se siente anarquista.

—Y que no estarías viudal ¡Mejor hubiera querido ser yo el viudo para evitarte esa penal! Pero vamos á cobrar, y olvidemos el pasado.

—No, hijo, á nuestra edad lo pasado nos consuela, porque si pensamos en el porvenir...
—Es verdad, ¡bonito porvenir!

CARLOS FRONTAURA.

LA VISIÓN DE ZACARÍAS

(IDILIO CASERO)

Zacarías... Fernandez, no el profeta, sino un pobre poeta, redactor de un diario que no indico, con diez duros al mes, y esos de *pico*, dormido una mañana en su camaranchón á teja vana, un miércoles de Enero, y con cinco ó seis grados bajo cero, soñó (debilidad seguramente) punto más, punto menos, lo siguiente:

Pisando apenas la tupida alfombra íbale á los alcances una sombra, descubriendo á través de blanco velo dos ojos tan azules como el cielo; de la siniestra mano, que escondía, verde corona de laurel pendía, y de la diestra un saco, gordo lo mismo que el tonel de Baco, donde sonaban trémulas é inquietas onzas, doblillas, duros y pesetas. El infeliz, absorto al contemplarla, dudaba si esperarla ó no esperarla, y era un dilema que le daba grima el dejarse coger ó el irse encima.

Por fin, dulce y sonora, cual la de la mujer á quien se adora, la voz de la visión, si es voz el canto, así rompió el silencio y el encanto:

—Fernandez, no te asombre que te salude y llame por tu nombre, pues espíritu soy de una persona que há tiempo te conoce: tu patrona. Ella guarda el secreto de tu vida, al duelo inmensa y al placer medida, comprende tu inquietud y tus afanes y ha sumado tus penas y tus panes. Alma cerrada á la maldad y al dolo, se abre la tuya á la virtud tan sólo,

y por ese camino nunca llegar podrás á tu destino. Tu destino es vencer; pompa, riqueza, adulación, grandeza, cuanto al mortal conviene en este saco está: de todo tiene. Una palabra tuya y te lo entrego.
—Y tú, sombra, ¿qué harás?

—Dejarte luego.

—Y dime; ese laurel que avara escondes, ese cantar con que á mi voz respondes, esa pálida frente alabastrina que el sol de tus miradas ilumina,

esa celeste calma en que se inunda al contemplarte el alma, ¿de mí se alejarán si tú te alejas?..

—Cierto; pero con oro ¿á qué te quejas?

—¡Oro! ¡Maldita la región impía que hijo tan vil en sus entrañas cría!

¡Maldito el que por oro trueca de sus ensueños el tesoro, y del altar del genio y la hermosura hace un arcón de doble cerradura!

Venga ese saco, venga, corra por esas calles cuanto tenga; llenad, llenad, avaros, los bolsillos... (Y se dió en la pared con los nudillos). Sonrióse Fernandez, y.... «¡Qué tonto! dijo entre sí, ¡me desperté muy pronto! Soñaba que á ser rico no aspiraba y era pobre y feliz, ó lo soñaba. ¡Pero aquella mujer de ojos de cielo! Si yo fuera pintor ¡qué gran modelo! Vuelvo á dormir, y á que otra vez me embrome una sombra... ¡mejor, así no comel!»

Entre la turbamulta callejera que vive de esperanzas y armonías, ¿quién, una vez siquiera, no tuvo la visión de Zacarías?

MANUEL DEL PALACIO.

LA HOJA SECA

Luciendo el rostro celestial sonrisa y en una noche como pocas bella, arrancó aquella hojita la doncella del fresco matorral de hierba Luisa, y tendiendo su mano nacarada la dió al galán que su pasión provoca, quien al verla en los dedos de su amada, se la llevó frenético á la boca, y así juntó al gozar de su fortuna la esmeralda y el rayo de la luna.

Sintió la niña celo del tierno vegetal, y en un instante lo quitó de los labios del amante, cual si arrancara un alma de los cielos, y entonces, al mirarla, la vió por aquel beso humedecida, y en lugar de arrojarla, pronunció el juramento de guardarla y poderla besar toda la vida....
—Me olvidarás ingrata, lo presumo.

—Antes cegar mis ojos que te adoran.
Y el novio replicó:—¡Que todo es humo!
¡Que dichas y palabras se evaporan!

Volvió á su hogar la niña placentera,
y al ir á retirarse
guardó el recuerdo en caja de madera
diciendo:—¡Bueno fuera
que aquí dentro llegara á evaporarse!
Se marchitó la hojilla allí, en la caja.
Se retorció crugiente,
vivió dos ó tres años tristemente
y... al guardar el estuche de una alhaja,
la hizo polvo un esposo indiferente.

Algún tiempo después, se dió al criado,
por ser inútil ya, la caja aquella,
donde había guardado
su recuerdo de amores la ex-doncella.
Y el doméstico al ver aquel polvillo
creyó que era tabaco y al instante
lo mezcló con las hojas de un pitillo
y... se puso á fumar tan rozagante.
Al ascender el humo desde el suelo,
disuelto en la espiral, un beso había,
que llevaron los ángeles al cielo....
tomándose el cuidado y el desvelo
de limpiarlo de tanta porquería.

José M.^a DE LA TORRE.

LA IGUALDAD ANTE TODO!

Vivían ocho ó diez pollos
inmediatos á un granero
y como el dueño era pobre
estaban flacos y hambrientos.

Un día, sin ser notados,
por un oculto agujero
de una puerta, cuatro pollos
al granero se metieron
y desde entonces seguían
penetrando allí y comiendo,
sin que los demás supieran
donde estaba el agujero.

De los pollos que no entraron,
porque el ardor no supieran,
uno, gritando decía:

—No es posible, compañeros,
sufrir que esos ambiciosos
vivan felices comiendo,
mientras nosotros no hallamos
ni un grano en el gallinero.

Los otros pollos callaban
y quedándose en los huesos,
mientras los unos comían,
ellos se estaban muriendo.

—¡Nada—repetía el pollo
anarquista-vocinglero—
ó entramos todos al punto
ó á fuera los que hay adentro!
Así se explicaba el pollo,
y sus pobres compañeros

le aplaudían, porque ¡es claro!
defendía sus derechos.

Y como él entrar lograra,
también entrarían ellos...

Hoy está el pollo callado
y vive alegre y contento
y aunque los que estaban fuera
siguen de hambre pereciendo,
él no chilla, ni alborota,
y se encuentra satisfecho....
¡porque ya le han enseñado,
por donde se entra al granero!

J. RODAO.

LA MISA DEL VIOLIN

El célebre banquero madrileño D. Elías Pavón, agraciado con el título de marqués de Moraleda, disfrutaba en este mundo de cuantas felicidades puede soñar el espíritu más ambicioso. Sus especulaciones, por atrevidas que fuesen, resultaban siempre coronadas del mayor éxito. Su influencia en todas las esferas del estado era incontrarrestable. En su caja llovían los millones, en su pecho las grandes cruces, en sus oídos las lisonjas... y sin embargo, el marqués de Moraleda, omnipotente y rico como un Creso, no era completamente poderoso, ni absolutamente feliz. La explicación de este fenómeno no puede ser más sencilla y al mismo tiempo más original.

Voy á decirla.

El tío Paco, que era un pobre que pedía limosna por la calle, tenía entre sus debilidades, disculpables por los años, una muy extraordinaria: la de creerse un violinista á quien se podía oír.

Oyéranle los sordos y aún saldrían perdiendo; de suerte, que el tío Paco era capaz de causar á los de oídos despiertos martirios inacabables.

Y el marqués de Moraleda no era por desgracia sordo, y el terco violinista había escogido con rematada elección por teatro de sus conciertos aquella parte de la calle en que Moraleda tenía su palacio, y más aun, aquella parte del palacio en que estaban precisamente las habitaciones del marqués. Todas las tardes se situaba el tío Paco templando su violín frente á las ventanas de Moraleda para solicitar limosnas á los transeúntes, arrancando al mísero instrumento desafinados sonos, y todas las tardes, apenas chirreaba la primera nota, el marqués pegaba un bote en su sillón gritando con desesperación:—¡Le tendré que matar!

Envíole, por primera advertencia, al tío Paco un recadito de atención diciéndole que estorbaba. El violinista, herido en su amor propio artístico, respondió que ya quisieran testas coronadas el privilegio de oírle como le oía á diario el marqués. Mandó éste luego á sus criados que le amenazaran con cara feroz para que, asustado el músico, levántase al fin el campo, y el músico no se asustó. Recurrió después Moraleda á su influencia con las autoridades madrileñas

LA SEMANA COMICA
GARIN O L' EREMITA DI MONSERRAT

(APUNTES A LA LIGERA, POR ESCALER).



Vitilda, hija de Vifredo, era una joven que por lo visto, sentía especial predilección por cojer flores y hablar con los árboles.



Y como, á la cuenta, en aquel tiempo el cantar baladas á los árboles y el cojer flores, eran signos seguros de endiabladura, mandó el obispo que la llevasen á pasar unos días con el santo eremita Garin, en su elegante y acreditada casa gruta de Montserrat.



Lo que tenía Vitilda, no eran sino unas ganas muy grandes de agarrarse, siempre que podía, á un pajeito llamado Aldo y decirle: ¡T'amo! ¡T'amo! ¡T'amo!



Acto II.—Garin, desde el dintel de su gruta, participa muy satisfecho que de día sale el sol, de noche la luna, y que tras el domingo viene el lunes, etc., etc.



Y apenas acaba de darnos tan peregrinas nuevas, le traen á Vitilda; la cual parece decir al verle: «¡Dios, qué feo!» á tiempo que él murmura para su capote: «¡Caramba, qué breva!»



Llega al día siguiente Aldo á la cueva, con el fin de ver si, pagando lo que sea, quiere Garin hacerles á Vitilda y á él, el obsequio de aguantarles un rato la cesta. Y como no los encuentra y al autor le conviene, se retira modestamente á otra habitación.



Garin y Vitilda, que vuelven de paseo, entran en la gruta. Y en esto empieza á tronar y Garin empieza á echar chispas y ternos contra los padres que le ponen á uno á los alcances Vitildas tan frescas y apetitosas como la de la muestra.



—Vete... ó hago un disparate, dice él.
—¡Gran Dios! ¡Sin paraguas y con este tiempo! dice ella. ¡Imposible! Y no se va.



Y no ocurriéndosele nada mejor se desmaya en brazos de Garin. El cual, ya convertido en una máquina eléctrica de gran potencia, se la lleva.



Y como la tempestad ha ido arreciando, arreciando, viene entonces el trueno gordo. Trueno horrisono, que hace exclamar involuntariamente: ¡Dobre Vitilda!



Y después del trueno, aparece en lo alto de unas rocas el impetuoso Garin que, cargado á su vez, precipita á su víctima en un abismo.



Acto cuarto.—Vitilda, que lo perdió todo cuando lo del trueno, salvó la vida, gracias á unas ramas bienhechoras y á Aldo, que acudió á descolgarla oportunisimamente;



por cuyo motivo, y para celebrar la fundación del monasterio, baila el pueblo unas sardanas que en Bretón les compuso expresamente para el caso.



Garin ha vuelto de Roma, indudablemente cubierto de chichones y cardenales, pues por orden pontificia, tiene que andar á tientas hasta que le sea perdonado lo del trueno consabido.



Y ¡claro! al verlo Vitilda exclama: «¡Maledetto seas!» Y Garin: «¡Córcholis! ¡aquella!»



Aldo (el novio) llega en esto.—Perdónala, dice—que aunque no acabó de entender como, resulta ahora que mi papá.



Y ella le perdona. Y él, como ya no hace falta para maldita de Dios la cosa, se muere. Y cae el telón.

Moraleja primera: Padres que tenéis hijas de buen ver, ¡no las abandonéis en poder de los frailes! Y si ha de tronar, menos.



Moraleja segunda: ¡Olé, puz!

para que le librasen de aquel insoportable moscardón, y el tío Paco, espantado hoy por los del Orden Público, volvía al día siguiente ante el palacio de Moraleda á rascar su violín. Desesperado ya el marqués, logró que le pusiesen á la sombra con notoria arbitrariedad, y el tío Paco, camino de la cárcel, con su violín debajo del brazo, iba diciendo amenazador y fiero, puesto el pensamiento en Moraleda: «volveré». Y efectivamente, á los ocho días le echaron de la cárcel y volvió. La guerra, pues, declarada entre el prócer y el mendigo era una guerra á muerte, una guerra sin tregua ni perdón. El—tiene sus millones, decía el tío Paco, y yo tengo un violín; veremos quien puede más.

Y he aquí explicado de manera sencilla por qué D. Elías Pavón, marqués de Moraleda, dueño de inmensa fortuna, rodeado de esplendores, objeto de lisonjas y de consideración y envidia general, no era completamente feliz.

**

Había ya anochecido, y el tío Paco, finalizado su concierto en el lugar de costumbre, esto es, ante el Palacio de Moraleda, se iba á retirar con las escasas limosnas recogidas. En esto vió salir del portal del palacio á un hombre, que antes de poner el pie en la calle miró como receloso en todas direcciones y puso al fin la planta en la acera.

El tío Paco acababa de recoger su sombrero del suelo, donde lo convertía en hucha de limosnas, y se lo iba á poner, cuando el receloso caballero aquel se le acercó, y echándole dos pesetas, le dijo compasivamente: «Tenga V. esa limosna, buena suerte y acuérdesse de mí.» Después montó en un coche de punto y desapareció. El tío Paco no pudo dormir aquella noche imaginando quién podría ser el caballero misterioso que al salir del palacio de su enemigo, del marqués de Moraleda, le había socorrido de aquel modo, recomendándole afectuosamente que se acordara de él. Pero al comenzar el día siguiente su concierto en el lugar de costumbre,

se le acercó un lacayo del marqués y le dijo: «Tío Paco, ya puede V. ahora tocar cuanto le dé la gana. El tuno de mi amo dió la gran voltereta, ha quebrado y anoche se escapó.»

—¡Tomal se dijo el tío Paco, dejando de templar el violín; pues entonces, el caballero de las dos pesetas era el mismo marqués.

**

La suerte, que hasta entonces había sido pródiga con Moraleda, se le convirtió en esquiva. Refugiado en París, intentó en vano una rehabilitación; cuantos negocios planteaba eran otros tantos fracasos; apuró en esa lucha el resto de su fortuna, y al fin, tras largas fatigas é incontables martirios, murió olvidado y miserable en un rincón de París. Los periódicos madrileños dieron la noticia de su muerte pintando el cuadro de miseria que rodeó sus últimos momentos, y al leer el tío Paco aquellas tristes líneas, se dijo: «Ha llegado la ocasión». Encaminóse á una de las más pobres y olvidadas iglesias de Madrid, y una vez en presencia de su rector, le dijo:—Señor cura, desearía que mañana muy temprano me dijese V. una misa de dos pesetas por el alma de un cristiano que acabó de morir, y desearía, además, que en esa misa, cuando fuese V. á alzar, yo pudiera tocar el violín. El cura, sorprendido por la pretensión, puso algunos reparos, pero como el tío Paco le asegurase que aquello era obra de perdón y de caridad, concluyó por acceder. Y efectivamente, cuando á la mañana siguiente, celebrando la consabida misa, el rector se dispuso á elevar el cáliz entre sus manos, el tío Paco, empujando el violín, murmuró con cariñoso acento: «Señor marqués, este y yo lo hemos perdonado todo.» Y tocó la marcha real. El tío Paco asegura, que á sus acordes, el alma del marqués de Moraleda, purificada por las angustias y martirios de los últimos años, subió al cielo.

Si tal cosa fuese cierta, no podría negarse que el tío Paco hacía maravillas con su violín.

JOSÉ DE ROURE.

EL TENORIO CALLEJERO

(MONÓLOGO DE LA CALLE DE FERNANDO)

¡Hola Luis! Al fin te encuentro...
Vamos á ver, ¿se dan buenas?
¿Que sí? Pues á un lado penas;
ya me tienes en mi centro...
Aquí vienen dos jamonas...
Tienes razón, buenas son.
¡Uy, uy, uy! ¡Qué desazón!
¡Olé, las buenas personas!
Estas mujeres así
me vuelven loco... ¡Hola! ¡Hola!
Mira chico, ahí viene Lola...
¡Salero! ¡Venga de ahí!

Pimpollo, sueño dorado...
Pero ¡mira qué modista
barbiana!... y baja la vista.
¡Calle! ¡si la habré chiflado?
Voy tras ella, vengo al vuelo...
Pero aquí está la de Ortiz.
¡Qué ojos tienen! ¡y qué nariz!
¡Y qué lábios! ¡y qué pelo!
¿A que al fin voy á creer
que la de Ortiz me enamora?
¿Y qué?... Mira qué señora,
¡vaya una buena mujer!

La modista no la veo,
al volver la seguiré,
porque es muy probable que...
¡La hijastra de don Tadeo!
No he visto niña más bella;
buen tesoro guarda el viejo
y... nada, chico, te dejo,
voy á timarme con ella.
¿Y esto es paja? ¡Chachipé!
¡Viva todo lo moreno!
Si yo fuera su sereno
para abrirla á usted... ¿El qué?

¿Que la de Ortiz salió ya?
 Bien; la seguiré otro día...
 ¿Y esta niña? Vida mía,
 ¡Dios bendiga á su mamá!...
 Ahí tienes á Carmelita,
 aquella con quien troné;
 ¡adiós! á los pies de usted...
 La verdad es que es bonita...
 Pero mira estos señores
 que niñas traen; son muy bellas,
 ¡cáscaras! que todas ellas
 cuando lleguen á mayores...
 Pero mira qué perfíl

viene aquí... Rosa de azahar,
 diga: ¿se quiere casar
 conmigo... por lo civil?...
 ¡Una mulatal! ¡y cojeal!
 Pero aun siendo coja y chata,
 francamente, la mulata
 no me parece muy fea...
 Y ahora, ¡diablos! una albina...
 ¿Y dices que es feo eso?
 Pues yo, chico, te confieso
 que me parece divina...
 ¡Alta y baja! ¡Antagonismo!...
 ¡Mas si son las de Tinaja!

¡Cómo me gusta la baja!
 Y la alta... ¡velay! lo mismo.
 ¡Una gruesa! me embelesa...
 ¡Una delgada! me agrada...
 La delgada... ¡Oh! la delgada...
 ¿Pues y la gruesa? ¡Oh! la gruesa...
 ¡Que estoy chiflado! ¡y qué quieres!
 ¿Que he de hacer?... ¡Viva la gracia!
 ¡Es que tengo la desgracia
 de querer á las mujeres!

EDUARDO S. HERMUA.
 (Mecachis).

PALIQUE

(AL NIÑO MANOLITO CANO Y WERT).

Abandona los brazos de tu madre;
 deja el cielo en que vives, alma pura,
 y no más de un momento,
 oye el débil acento
 del verdadero amigo de tu padre.

Mírame junto á ti.... ¿Ves? De mi frente
 se aleja la tristeza:
 la ahuyenta la aureola refulgente
 de la luz que circunda tu cabeza.

Convirtiéndolo á una edad, que ya es pasada,
 el pensamiento loco,
 bendigo una y mil veces mi destino.
 Aquel que encuentra un niño en su camino,
 en la tierra del cielo encuentra un poco.

¿No te asustas de mí? Ven: á caballo
 móntate en mi rodilla.

Así... ¡Nunca corrió tan altanero
 el Cid por las llanuras de Castilla!

Tú querrás ser guerrero,
 ir á la guerra, reventar corceles,
 alcanzar la victoria, y, fatigado,
 comer pan amasado
 con la sangre enemiga y tus laureles.
 ¿Dices que no? ¡Por vida del destino!
 ¿Quién el honor alcanza
 del buitre sanguinario,
 que en busca de matanza
 posa su vuelo en el oscuro osario?

¿Artista quieres ser? ¿Tu fantasía
 asciende á la región de lo infinito,
 á beber la belleza en lo increado,
 y la compendia luego
 en el libro, en el hierro, en el granito?
 ¿Quieres llegar á la soberbia altura
 del poder?... Ya te entiendo....

Esta cabalgadura
 va su paso inseguro deteniendo....
 Sujétate, mi bien.... Corre.... ¡La vida
 no es otra cosa que veloz corrida!
 ¡Jesús! ¡Por ir ligero
 han caído caballo y caballero!
 Ten, niño, por sabido,
 como certero fallo,
 que si una vez tropieza el advertido,
 dos cae aquel que corre su caballo.

Vamos, hombre, ¡no llores!
 Más sosiego otra vez; y cuida, cuida,

cuando del mundo caigas en la escena,
 de imitar á los diestros gladiadores
 de la Roma venal y corrompida,
 que al salir á la arena
 llevaban estudiada la caída.

Siempre el fracaso en todo
 estriba, no en caer, sino en el modo.

Toma un juguete, toma
 y alégrate con él.... ¡Virtud más rara!
 Ya vuelve la alegría
 á iluminar tu cara.

Así, tras de la noche de la pena,
 brilla la luz serena
 del sol de claro día,
 que nuevos goces y placer promete....

Para borrar humanas inquietudes
 siempre he creído yo que es un juguete
 la mejor de las varas de virtudes.

Goza, goza con él. El niño, el mozo,
 aquel á cuya cara aun no se asoma
 el finísimo bozo,
 como el que rizados de cabellos doma;
 el hombre fuerte, como el viejo enteco,
 todos los que jugamos en la vida
 necesitamos, ¡niños!, de un muñeco
 que da de nuestra alteza la medida.

¿Qué es eso? ¿Ya no quieres el regalo?
 ¿De tu lado lo arrojas?

Será un juguete malo
 cuando con él te enfadas y te enojas....
 Pues es cual los demás, que son de palo.

Así el hombre también, cuando aburrido
 de aquello mismo en que adoró, desea
 otro juguete, encanto del sentido,
 deja la antigua por la nueva idea
 después que de la antigua se ha servido.

Te amparas de tu madre. En su regazo
 apoyas la cabeza,
 y, dándole un abrazo,
 realizas un poema de belleza.
 ¿Te rinde el sueño? ¿Sí?... Duerme, alma mía;
 duerme y sueña en el cielo que has dejado:
 pronto llegará el día
 de envidiar, como todos, lo pasado.
 La cuna, columpiándose, te espera:
 aquí, el puerto tranquilo y abrigado;
 el turbulento mar ruge por fuera.

Luis MONTOTO Y RAUTENSTRAUCH.



LA SEMANA COMICA

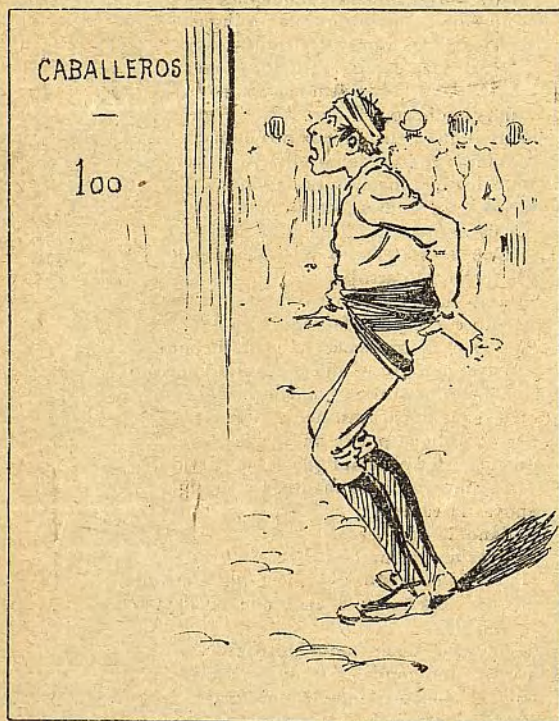
LA PROPIEDAD ANTE TODO, por Figuer.



—Guardia, ¿me hace V. el favor de decirme donde hay un..? Porque siento unos dolores...



—Mire V.: allí precisamente hay uno.



—¡Ridíós! ¡Pus si este es pa caballeros!



Y como no los hay para baturros...



1



2



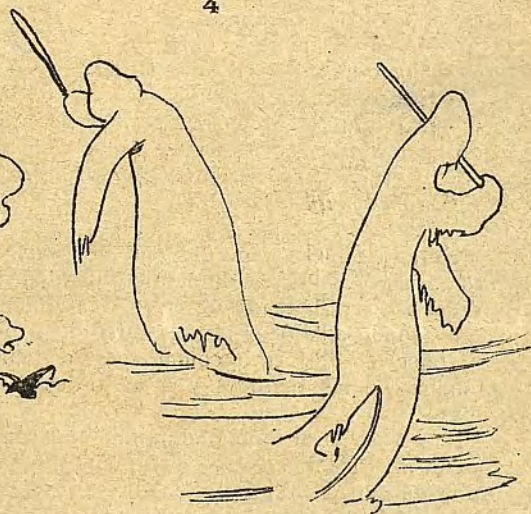
3



4



5



6

EL TIO BALTASAR

No era un tío en la acepción dañina de la palabra, en sentido figurado.

Era mi tío, y por ende, sacerdote.

Cura nada menos, y cura solo, único, exclusivo de un pueblecito de la sierra de Cameros, que se llama Villoslada y del que soy oriundo.

Siendo niño, allí pasaba yo los veranos, y armado de una escopetilla, me dejaban en casa tirar á los pájaros en las eras.

El tío Baltasar era muy cazador; su carácter alegre y su genio vivo le valían el cariño de sus feligreses, que á pesar de ello le temblaban.

Corría más que un gamo. Jugaba á la pelota mejor que juegan ahora los *chiquitos* de los frontones vascongados. Donde ponía el ojo ponía la bala y le daba una guantada al que se atrevía á mirar de mala manera á un San Roque que había en la iglesia del pueblo.

La pasión de la caza le dominaba, y cuando su perro *Pistón* le cobraba alguna liebre, que los perdigones no habían hecho más que precipitar en su carrera, besaba al perro y le abrazaba. Pistón dormía y comía con mi tío. Iba con él á todas partes, y cuando mi tío oficiaba en su iglesia, Pistón se estaba quieto en la sacristía, que tenía un puente de escape que daba al campo.

La llave de esta puerta la tenía el sacristán, el tío Majuelo, en cuya sotana había en gotas de cera un verdadero muestruario de todas las épocas, que no dejaban ver el raído paño de Ezcaray.

Una mañana decía misa mi tío y yo se la ayudaba, como de costumbre.

Cuando estaba leyendo el Evangelio, interrumpió su lectura y se puso á escuchar los ladridos de un perro.

—Ese es Pistón; lo juraría—dijo mi tío sin levantar los ojos del misal.

—Me parece que sí—contesté yo.

—¿Cómo ha salido de la sacristía?

—Estaría abierta la puerta.

—¡Ese tonto de Majuelo!.. No hay duda: Pistón ha levantado una liebre. ¡Me c... en diez! Voy á reventar al sacristán. *Dominus vobiscum.*

Et cum spiritu tuo.

Durante aquel verano del año de gracia de 18...., muchas bandas de perdices pasaban por Villoslada en dirección al cerro de Urbión, y como quiera que de estas aves caían de ordinario pocas en libra en la comarca, el tío Baltasar soñaba con las perdices y todo lo dejaba por ellas.

Propúsose pasar todo un domingo en la sierra, y con tal idea fija en la mente, después de la misa del sábado, dirigió la palabra á sus feligreses en esta forma, que era la suya, típica y peculiar:

—¡Zárganos! Ya sabéis que á mí no me divierte más que la caza, y que en Urbión hay muchas perdices ahora y hay que ir allí á buscarlas y está lejos. Si mañana domingo os dijese las dos misas á las horas de costumbre, cuando llegara yo al cazadero no encontraría ni rastro, porque vosotros que madrugáis mucho y andáis á pedradas y á palos con toda la caza, me ganaríais la partida. Así es que mañana á las cinco la primera misa, y á las siete la otra. ¡Y cuidado con el que falte ó con la que no venga, porque voy á su casa y empiezo á pescozones con toda la familia! ¡Ea, hasta mañana!

Al día siguiente mi tío hacía tocar á misa á las cuatro y media de la mañana, y á las cinco empezaba á rezarla para concluirirla á las cinco y cuarto.

Eso sí, el tío Baltasar decía las misas por gran velocidad.

Al llegar al *ite misa est*, empezaba á entrar la gente presurosa y restregándose los ojos, y como veían los mozos que aquello se había acabado, hacían ademán de tomar la puerta enseguida.

Pero mi tío, que estaba siempre al quite, dijo con voz de trueno:

—¡Alto ahí! Ya que estáis dentro, no os vayáis. No quiero haceros esperar hasta las siete, y voy á deciros enseguida la otra misa. ¡De rodillas todo el mundo!

Concluyó la segunda misa, sin que hubiese desgracias que lamentar, y al final se volvió hacia sus ovejas y borregos y les habló de esta manera:

—¿Pensabais marcharos ahora á retozar en la plaza y á beber en la taberna? Pues, no señor. Ya que estamos todos aquí, vamos á rezar el rosario y las vísperas, porque maldita la gracia que tendría que dejara yo mis perdices en lo mejor del día, para llegar aquí esta tarde á punto, reventado y á la hora, para que rece tanto ganso lo que ahora puede rezar. Lo dicho, y que nadie salga de la iglesia. ¡Tío Majuelo! Cierre usted la puerta.

Rezó, pues, mi tío su rosario y sus vísperas, y á las siete en punto, después de atracarnos él y yo de chocolate con migas y leche, emprendimos la caminata con el valiente Pistón, y como impedimenta, una tartera de corcho con merienda y un botijo de vino.

¡Pobre tío! ¡Tenga Dios su alma en santa gloria! ¡Qué buen hombre era y qué mal cura hacía!

Murió hace más de veinte años, á los sesenta. Aún hay en Villoslada de Cameros quien recuerda su último sermón:

—«Hijos míos,—decía á sus fieles,—estoy muy enfermo ya. Pronto os dejaré. Tan salvajes como os tomé, tan salvajes os devuelvo á Dios. Mi conciencia queda tranquila.»

ANGEL MURO.

LA SEMANA COMICA DEL NATURAL

319

—¿Se puede entrar?
—Adelante.
—Don Baldomero del Río?
—Servidor.
—Muy señor mío;
yo soy Felipe Cargante.
—¿El que trajo la tarjeta?..
—El mismo.
—¿Cómo está usted?
—Sin novedad.
—Sientese.
—Mil gracias. ¡Yo soy poetal
—¿Sí, eh?
—Sí, señor. ¡Yo siento
profunda melancolía!..
—Hombre... ¡lo siento!
—...y quería
que me oyese usted un momento.
Aunque soy un principiante
sin nombre ilustre y sin fama,
sin embargo, he escrito un drama.
—Me alegro, señor... Cargante.
—Un drama muy atrevido,
titulado: ASÍ SE EMPIEZA.
¡Si yo meto la cabeza
justifico mi apellido!
—(Lo creo.)
—Pues bien, yo quiero,
si Vd. no lo toma á mal,
que me escuche usted el final...
—¡Hombre!

—Del acto tercero.
Es una escena muy corta.
—Pero...
—La voy á leer.
Empiezo.
—Tengo que hacer;
lo siento... pero...
—¡No importa!
¡Si aquí no tardamos nada!
Escuche usted: «DON SEVERO
entra dejando el sombrero
junto á la puerta de entrada.»
—(¡Dios me coja confesadol!)
—«(Desmayada DOROTEA,
DON SEVERO se pasea
visiblemente agitado.)
«¡Imposible! (Transición)
¡Oh, qué temor insensato!
(Larga pausa) Yo la mato.
(Momentos de indecisión)
(Con amor.) ¡Qué hermosa está...!
(Amor creciente) ¡Qué hermosa...!
¡¡Parece una mariposa!!
(Con abatimiento) ¡¡Ah!!
Pero dentro de ese seno
de tentadora blancura,
por una pasión impura
late un corazón de cieno.
Por ella lo arriesgo todo;
nada puedo ambicionar
y en cambio me hace aspirar

esta atmósfera de lodo.
Mi corazón, por costumbre
sin duda, late impasible
bajo este peso insufrible
de miseria y podredumbre.»
—Espere Vd. (Voy por la
Colonia del tocador.)
—¿Puedo seguir?
—Si señor
—«(Decidido) ¡Basta ya!
Este puñal hasta el mango
en ese pecho hundiré.
(Con fiereza): Así veré
en la superficie el fango.
¡No más!»
—¡Eso digo yo!
No siga usted adelante.
No puede, señor... Cargante
escucharle.
—¿Por qué no?
—¿No le gusta á usted quizás?
—¡El asunto es portentoso!
—Sí señor, si, muy hermoso...
¡pero no lea usted más!
—¡Si es la trama tan sencillal..
—No, si el mal no está en la trama.
—¿Pues en qué!
—En que eso no es drama;
eso es una alcantarilla!

José BORRAS.

CHIRIGOTAS

Hemos tenido el gusto de apretar la mano (la mano derecha me parece que ha sido) al salerosísimo escritor, amigo querido nuestro y colaborador de LA SEMANA CÓMICA, D. Juan Pérez Zúñiga, que, de paso para Valencia, se encuentra actualmente en Barcelona.

Al dar la bienvenida al celebrado escritor, LA SEMANA CÓMICA se complace en mandarle públicamente su más cordial saludo.

Nó, señor Molas y Casas, nó.

Quién, como Vd. tiene talento y condiciones y obras escénicas en catalán que le acreditan de autor ingeniosísimo y bueno, no debía haber escrito la obra, ó lo que sea, estrenada ultimamente en el Eldorado.

Jules Vert & Cie. es sencillamente un esperpento. Si la prensa seria no lo ha dicho, peor para la prensa seria. Yo admiro demasiado y he aplaudido demasiado al autor de *Una senyora sola*, *Nit de nuvis* y otras obras de verdadero mérito literario, para consentir que descienda á un terreno á que nunca debió descender.

En Jules Vert, por no haber, no hay ni gramática. Ni una escena ingeniosa, ni una situación cómica de buena ley, ni un chiste verdad... nada. No hay en la obra más que un afán muy grande de atraer al público... pero al público que gusta de bufonadas y de cabriolas y patosidades de clowns. Y ese público tiene ya dos circos, donde ve esas cosas mejor representadas, que (y esto lo digo en honra de ellos), las representan los actores del Eldorado.

Un aplauso á Moragas por sus bailables, otro aplauso á Cotó por la música, casi toda bonita y sin pretensiones, otro al escenógrafo Urgellés... y otro á Vd. como empresario que se ha sabido gastar el dinero en trajes y en decoraciones; no como autor.

Y... nada más.

¡Hombre! Han otorgado al
fondista de la estación
de Irún, si no leí mal,
una condecoración.
Si la noticia no es falsa,
con asombro la registro...
¡Vamos, habrá hecho una salsa
á gusto de algún ministro.

En un confesionario de Sevilla
un sacerdote, la portilla abriendo,
para ir á confesar á una chiquilla
halló un petardo con la mecha ardiendo.
Parte en seguida de ello dió al juzgado,
que fué y recogió el tubo malhadado,
el cual fué abierto por la policía
y en su interior tenía
¡horror! una tarjeta fotográfica
de clase pornográfica,
representando la dichosa prueba
una señora guapa en traje de Eva.
¡Eso es que algún demonio
al cura confundió con San Antonio!

José ESTRANI.

Máximas y pensamientos:

Una mujer infiel es una locomotora que descarrila.
La generalidad de los nobles recuerda á sus antepasados, como un cicerone recuerda á Cicerón: por la similitud del nombre.

El que bautiza á una criatura, le da un nombre; el que bautiza el vino, quita á este el nombre que lleva.
A muchas visitas se las acompaña hasta la puerta, únicamente para tener la seguridad que se van.

La Providencia es el nombre de pila del acaso... Los devotos dirán que el acaso es el alias de la Providencia.

Imp. «La Ilustración», á c. de Fidel Giró, Paseo de San Juan, núm. 168.—Barcelona.



—Hombre ¡no poder ir al cielo un torero! tu dirás por qué.
—Muy sencillo. Porque se ganan la vida matando, y fíjate tu en lo que dicen los mandamientos: el quinto no matar.

ANUNCIOS

LA SEMANA CÓMICA

PERIODICO LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Colaboran en él los mejores literatos
y los más celebrados dibujantes.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

Barcelona.	Trimestre.	2'50 ptas.
Fuera.	Semestre.	5

— NÚMERO CORRIENTE: 15 CÉNTIMOS
NÚMERO ATRASADO: DOBLE PRECIO —

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

Los señores suscriptores de fuera de Barcelona pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mútuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Vertrallans, 3, principal.—Barcelona.

Despacho: todos los días laborables de 2 á 4 tarde.

UNICA ENCARGADA

de la venta y expendición de

→ LA SEMANA CÓMICA ←
en Bilbao.

D.ª TERESA IRLA

KIOSCO DE LA PLAZA NUEVA

BIBLIOTECA

— de —

LA SEMANA COMICA

Se publicará pronto y contendrá novelas, poemas, etc., de los más reputados autores.

En prensa el tomo primero, ilustrado por Cilla, Escaler, Pons y Mecachis.

PRECIO: 2 REALES TOMO